

Novela Popular Cinematográfica

Año III
Número 114

El hombre de pecho
triunfa



25 cts.

Protagonista:
Dustin Farnum



El hombre de pecho triunfa

(THE MAN WHO WON, 1923)

Argumento, en forma de novela de la interesantísima película, de luchas y de pasión, del mismo título. Producción de la célebre casa Fox, de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilms», Valencia, 180.

PROTAGONISTA: DUSTIN FARNUM

GUIO: NEWART ADAMSON
ARG.: RIDGWELL CULLUM

I

En el campamento minero de Creek, donde desde hacía algún tiempo venían siendo asaltadas, por una misteriosa partida de bandoleros, las diligencias que transportaban el oro al Banco de Colaveras, que era el pueblo con Banco más cercano, la gente, llegada de todas partes del mundo, para trabajar en las

minas, contentaba este hecho con ese tono de misterio que pone el pueblo en las cosas que ocurren en su entorno.

De pronto, como uno nombrara a Zip, se olvidó a los bandoleros para no hablar más que de este hombre.

Zip, era un buen hombre, demasiado bueno, objeto al mismo tiempo del aprecio y de la burla de todos; ésta obedecía a que Zip llevaba un montón de tiempo derrochando sus energías, bien estérilmente, en encontrar oro en un terreno del que era propietario.

Tan bueno era Zip, que en los ratos que no estaba trabajando en la tierra, a la busca del oro, se dedicaba en el hogar a lavar los platos, a barrer, a hacer la comida, para que su mujer, caprichosa y voluble, nerviosa y perezosa, no se molestara. Claro es que, además de por estas razones, Zip hacía todo aquello porque amaba a su mujer de un modo extraordinario, hondo y acendrado.

Del matrimonio habían nacido dos criaturas, niño y niña, que se hallaban en la puerta, sucios y con las ropas destrozadas, jugando con un perro que era su único compañero de juegos.

Vivían en una cabaña de madera, en la que todo estaba revuelto y desordenado. Junto a la chimenea, Jessie, la mujer de Zip, sentada en un sillón, leía un folletín absurdo. Era una mujer inexperta, soñadora y de carácter voluntarioso. Consideraba la pobreza en que vivían como una carga demasiado pesada.

Zip, que estaba barriendo, al llegar junto al sillón, dijo a su esposa:

—¿Quieres apartarte un poco?

Ella le miró con profundo desprecio y le repuso con voz áspera y agria:

—Vete y trabaja tu terreno como un hombre, en vez de estar aquí haciendo un trabajo de mujer.

El, humilde, como siempre, bajó la cabeza y siguió barriendo, sin decir una palabra.

Entonces, Jessie, cambió su actitud y casi le miró amorosamente. Pué hacia él, poniéndose en pie y, mirándole de frente, acariiciadora, exclamó:

—Me duele tener que estar siempre lanzándote injurias... Pero no sé lo que me pasa... No puedo evitarlo.

—Como te quiera tanto—repuso él—te lo perdono todo.

—¿Me lo perdónas?—gritó ella volviendo a su actitud primera.—Pues yo no te perdono que me tengas en esta situación miserable. No puedo más... Esto no es vivir... Soy joven... me gustan las cosas bonitas... necesito ser dichosa... y estoy dispuesta a serlo, sea como sea...

—Sea como sea...—murmuró él con pena.

Y ella añadió con violencia:

—Vete a trabajar... Vete que yo no te vea ahora.

Agobiado por el peso de aquellas palabras, Zip cogió sus instrumentos de trabajo—una pala y una azada—y salió. En la puerta, sus dos hijos le abrazaron. Luego se alejó y los dos niños continuaron sus juegos.

Jessie entró en el dormitorio. Y a poco, como muchas veces, cuando Zip se hallaba trabajando en el terreno buscando oro, entró en la cabaña, por una ventana de la parte posterior, un hombre bien vestido, conocido en el contorno por Lord James. Este Lord James, aunque sin prueba alguna en su contra, siempre era nombrado por todos cuando se hablaba de la misteriosa cuadrilla de bandoleros. Había mucha gente que creía que él era el jefe.

Apenas Lord James había entrado en la cabaña, apareció ante él, vestida limpiamente, que para esto había entrado en su dormitorio, Jessie, la cual, poco antes, cuando hablaba con su marido, llevaba puesto un vestido sucio y roto en extremo.

El, corriendo hacia ella y besándola, dijo:

—¿Estás dispuesta Jessie?

—Sí, James, estoy dispuesta y decidida.

—Así me gusta. Acabemos de una vez esta situación.

En este momento, corriendo detrás del perro, entraron los dos niños. Y al ver a su madre de charla con aquel hombre, y al oír que estaba dispuesta a marcharse con él, prorumpieron en llanto.

Jessie corrió hacia ellos y los cogió en sus brazos, los besó y dijo:

—¡Hijos de mi alma! ¿Cómo he podido pensar siquiera en abandonarlos?

—¿Quién te exige que los abandones?—replicó Lord James.—Desecha esta preocupación... Yo mismo volveré por ellos, cuando ya tú estés en mi casa.

—¡Oh, no, no los abandonaré!

—Te juro que los tendrás contigo tan pronto como pueda llevártelos; mañana mismo si es posible.

—Buena, pues vámonos—dijo Jessie con firmeza.

Y salió acompañada por James, y no ya por la ventana, sino por la puerta, dejando a sus hijos, que se quedaron tristes y pensativos, de un modo que no es propio de las criaturas. La desgracia pone reflexión hasta en los rostros de los niños.

Entretanto, en el establecimiento de Minky, donde se había ido almacenando durante varias semanas el oro que se extraía de las minas, por temor de que al ser llevado al Banco fuese robado, los trabajadores acudían porque era la hora de comer.

Sentados en torno de una mesa, tres hombres, trío inseparable, veían entrar a los obreros. Eran estos tres tipos pintorescos, que se ganaban la vida con el juego. Uno de ellos, llamado Sandy, se había escapado cuando niño de su casa; otro, llamado Sunny, de la que se había escapado siempre había sido del trabajo; y el tercero, conocido por Toby, estaba separado de su familia, la cual no sabía como escaparse de él. En el fondo, sin embargo, no eran malas personas. Pero es tan difícil conocer a los hombres en el fondo!

Los trabajadores se habían sentado ya en la gran mesa para comer y Berdie, sirvienta de la casa, y que aparte de Jessie era la única mujer que había en aquel contorno, en tanto que disponía los platos, tenía para todos palabras oportunas, bromas de toda clase y hasta golpes si ello era necesario si creía que alguno le había faltado.

Coincidiendo con la llegada de los obreros, había entrado en el establecimiento Bill, el bravo, como todos le decían, principal protagonista de esta historia.

Bill era jugador profesional, pero muy simpático, muy franco, muy leal. En Creek gozaba de gran prestigio. Todo el mundo conocía allí su valor temerario y el gran cariño que profesaba a los caballos y a los niños.

Cuando entró en el establecimiento, todos le rodearon atentos, quienes con un gesto, quienes con una mirada, quienes con una sonrisa. El repartió también gestos cordiales, miradas afectuosas, cariñosas sonrisas. Luego, dirigiéndose a uno de los del trío dijo:

—Oye Toby, si estás en fondos, echaremos una partida.

—Sí, ahora mismo—respondió Toby, y sus dos compañeros le hicieron coro, contentos y saltarines como niños a quienes se regala un juguete.

A poco, ya estaban los naipes en las manos de los cuatro.

A aquella misma hora, fracsados, como siempre, sus trabajos, para encontrar oro, Zip, vencido, triste, preocupado, regresaba a su hogar.

En la puerta, le recibieron sus hijos, a los que abrazó y besó. El chico, en seguida, le dijo:

—Papá, la mamá se ha marchado hace un rato con Lord James.

Como herido por un rayo, Zip dejó a los niños en el suelo y entró en la casa. Ya dentro, corrió al dor-

mitorio. Allí encontró una carta que decía: «Me voy con James. Mucho antes lo hubiera hecho de no haber sido por los niños. ¡Les quiero tanto!... Adiós para siempre. —Jessie».

Con la carta en la mano salió del dormitorio, se dejó caer en el sillón, que estaba junto a la mesa, ocultó su cabeza en los brazos y prorrumpió en silencioso llanto de amargura sin consuelo.

II

A poco, los niños, cansados ya de jugar, entraron. Al asomar por la puerta, y ver a su padre que lloraba, se quedaron confusos y no sabían qué hacer. Se acercaron al autor de sus días de puntillas, temerosos de hacer ruido y distraerlo. Pero en seguida, viendo que su presencia no era advertida, dijeron a la vez:

—¡Papá!

Zip alzó la cabeza y miró a sus hijos con simpatía. La niña se subió en sus piernas y comenzó a limpiarle las lágrimas con sus dedos. El chico dijo:

—¡Papá, tengo hambre!

La niña, sin dejar su tarea, añadió:

—¡Yo también, papáito!

—¿Cómo no vais a tener hambre, angelitos?—dijo Zip poniéndose en pie y disponiéndose a prepa-

rar la comida.—Yo mismo os daré de comer... No hay que esperar a mamá.

Poco después, padre e hijos, silenciosamente, comían lo que Zip, torpemente, había preparado.

En el establecimiento, seguía la partida entre Bill y el pintoresco trío. De pronto, entraron y llegaron hasta el mostrador, en donde empezaron a beber, dos desconocidos. Uno de ellos apuraba las copas. El otro hacía como que bebía. A Bill le llamó la atención la presencia de aquellos dos desconocidos y más estando como estaba la caja de Ninky llena de oro. Se dispuso, pues a, sin dejar de jugar, no perder de vista a aquellos dos hombres. De súbito, el que había bebido más, viendo que se jugaba, se dispuso a ir a tomar parte en la partida. Su compañero, queriéndolo evitar, le dijo:

—Acuérdate, Joaquín, de lo que nos dijo el amo.
«Nada de vino ni de juego.»

—Es cierto, pero ¿qué sabré el si hemos jugado?

—Te ruego que no lo hagas.

Bill se puso en pie y dijo al que así hablaba:

—¿Y quién es usted para impedirle que juegue si él quiere jugar?

—¿Y usted quién es—le repuso aquél, para meterse en lo que no le importa?

Apenas había acabado el desconocido de decir estas palabras, cuando Bill, de un certero golpe en pícnica cara, lo arrojó al suelo, contra el mostrador, donde quedó sin sentido. El borracho, entonces, se puso a jugar.

Momentos después, provisto de un revólver vieji-

simo que había sacado del fondo de un baúl, se presentó en el establecimiento Zip. Aprovechando la distracción de Bill, por la presencia de Zip, el des-



conocido que recibió el golpe, se levantó y arrastró al borracho hasta la calle, en donde montaron en sus caballos y desaparecieron.

Uno de los del trío, bromeando, dijo a Zip:

—¿Qué, te has decidido al fin a venir a jugar una partida con nosotros?

—¡No he venido a jugar, Sunny!—repuso Zip.—Lo que deseo, y a eso he venido, es que Bill me preste su mejor caballo.

Extrañado por esta petición, Bill le contestó:

—¿Que bromista te has vuelto, Zip?

—No bromo, Bill. Hago la petición en serio. Quiero que me prestes tu mejor caballo porque es preciso que salga en persecución de Lord James...

—¿Tú? ¿Y por qué? ¿Y para qué?

—Me ha robado...

—¿A ti?

—Me ha robado... a mi mujer...

Al oír esto, Bill se puso en pie conmovido. Zip había dicho sus últimas palabras con un tono estre-mecido, angustiado. Estrechó las manos de Zip con emoción y afecto, y le dijo:

—La yegua negra es la mejor y la que corre más. Te la presto. Ve por ella y corre a tu quehacer. Yo me encargaré de que no les falte nada a tus hijos mientras estes ausente; aunque sean varios días, aunque fuese toda la vida. Vete tranquilo en lo que se refiere a este particular y haz lo que debes.

Bill decía todo esto porque supuso que Lord James, habiéndose llevado una mujer, acaso se hubiese alejado de la comarca. Se engañaba. Lord James fué directamente al rancho en que vivía, seguro de que nada tenía que temer de Zip.

En cuanto Zip hubo salido, Bill fué hacia el mostrador y dijo al dueño del establecimiento:

—Esos dos desconocidos que estaban aquí hace poco, son dos espías de James. El que no estaba borracho quiso llevarse al otro, temeroso sin duda de que claritase más de lo debido. Nada ha charlado, pero es igual. Sé todo lo que piensa Lord James. Seguramente cansado de esperar la salida de una diligencia con oro, para no estar ocioso, acaba de sacar de su casa a la mujer de Zip. Pero esto no puede quedar así. No sé lo que haré, pero no quedará así. Las circunstancias me señalarán cual es el camino que debo seguir.

Mientras decía todo esto, había estado escogiendo, de los bazaros, un sin fin de cosas para los chicos de Zip: frutas, embutidos, pan, latas de confitura y de conservas.

Hecho esto, se dirigió al trío, cogió del cuello al más pintoresco de los tres y le dijo:

—Sunny, por primera vez en tu vida, vas a trabajar. Quedas encargado de cuidar a los hijos de Zip.

Haciendo un gesto compungido, Sunny contestó:

—Piedad, Bill... Ten en cuenta que nunca he cuidado otra cosa que ganado.

—No hay piedad que valga. Ahora mismo haces lo que te digo. Estoy seguro de que lo harás bien. Si no, no te presentes más ante mi vista.

Mira, Bill, mejor desempeñará ese cometido Sandy, que es más habilidoso...

El llamado Sandy, que era alto y seco, se ocultó para rehuir aquel encargo.

Pero Bill no se dio cuenta de esto, decidido como estaba a que Sunny le obedeciera. Sin contestar si-

quiera a la observación de éste, metió en un saco todo lo que había apartado y comprado, lo puso sobre los hombros de Sunny y le dijo:

—Andando, pronto va a anochecer y aquellas criaturas han de cenar e irse a dormir. Vete a escape. Primero les das de comer, luego los arreglas y cuando se duerman vuelves aquí.

Sunny comprendió que no le quedaba más remedio que obedecer y salió, con el saco al hombro, hacia la cabaña de Zip.

Cuando ya Sunny había salido, Bill dijo al dueño del establecimiento:

Zip ha demostrado tener más pecho que ningún otro del pueblo yendo en busca de Lord James. Todo el gasto que haga Sunny para los hijos de Zip, apúntalo en mi cuenta.

Dicho esto volvió a reemprender la partida con los dos individuos del trío que habían quedado, que le miraron con profundo respeto.

Entretanto, Sunny llegaba a la cabaña de Zip. Los dos chicos y el perro estaban dormidos debajo de la mesa. Entró, buscó la claraboya, la abrió y empezó a colocar en ella las cosas que había hecho Bill. Al ruido que hizo, aunque leve, despertó el perro, que se fué hacia la puerta como para no dejar salir al desconocido y le empezó a ladrar con furia. Los ladridos despertaron a los chicos, que al ver a Sunny, que tenía unas barbas de varios días, se asustaron y dijeron:

—¿Quién eres tú, tan feo?

Aquel saludo no fué muy del agrado de Sunny,

pero acordándose de Bill lo tomó a broma y repuso:

—Yo soy un coco horrible, esa es la verdad... pero traigo cositas muy sabrosas para dos chiquitines abandonados.

Los chicos, indiferentes a esta promesa, le dijeron:

—¡Vete de aquí!

En lugar de irse, Sunny abrió una de las latas de confitura, se sentó cerca de los muchachos y comenzó a saborearla. Luego dejó la lata cerca de ellos. Y ellos, naturalmente, empezaron a meter allí sus dedos y a llevárselos a la boca después. Así logró Sunny ganarse la simpatía de los niños. Y cuando ya los hubo dado de cenar, les gritó:

—Al que primero se meta en la cama le dejaré meter otra vez el dedo en el bote de dulce.

Al instante, saltando, los dos criaturas se metían en su lecho.

III

Sunny, contento de haber encontrado un medio de que los chicos le obedecieran gustosamente, se fué hacia ellos con el bote, y antes de que las criaturas formaran una probable disputa sobre cual había sido el primero en acostarse, Sunny les dijo:

—Nada. Los dos os habéis acostado a la vez y a los dos os dejo mojar el dedo en el dulce.

Unos momentos después los dos niños dormían ya y Sunny, despacio, salió del dormitorio y luego de la casa, apagando la luz y cerrando la puerta, como si toda su vida no se hubiese dedicado a otra cosa que a aquello que estaba haciendo: tal era el cuidado que en ello ponía.

Cuando llegó al establecimiento, sus compañeros, que le esperaban, ni siquiera le preguntaron cómo había salido de su compromiso. Al contrario, le tendieron los paños, como para que olvidara el disgusto que tuviera por lo que había tenido que hacer.

Algunos trabajadores se acercaron a la mesa y comenzó la partida, empeñada y leal a pesar de todo.

De pronto uno de los del trío exclamó:

—¿Qué será de Bill? ¿Dónde estará? Nos había prometido una buena partida para esta noche, y Bill cumple siempre lo que promete.

Siempre, en efecto, había cumplido Bill sus promesas. Pero aquella noche no la cumpliría. Se fue a pasarla junto a la cabana de Zip, como para guardar a sus hijos de todo peligro. Y no durmió en toda la noche. Atento a los menores ruidos, se la pasó meditando en que con Zip se había cometido una injusticia que era preciso que no prevaleciera.

Mientras, allá a la media noche, Bill pensaba esto, Zip, en la yegua corredora, habiendo dado vueltas y más vueltas por el bosque, se había decidido a presentarse en el rancho de Lord James, dudando de si encontrarla allí a éste y a Jessie. Su creencia era de que habrían huido muy lejos. Pero no ha-

biendo encontrado rastro de ellos, quiso ver si se habían detenido en el rancho.

Los secuaces de James le vieron llegar; pero nada le dijeron. Ahora, que en cuanto hubo entrado en la casa, rodearon la puerta para hacer con él, cuando saliera, lo que James les indicara.

Zip, al entrar en el rancho, se encontró, en el salón principal, ciertamente muy bien amueblado, con el propio James, que al verle le dijo:

—¿Qué vienes a buscar aquí?

—Vengo por mi mujer.

James se rió y repuso con tono despectivo:

—¿Pero puedes creer que Jessie va a volver a tu lado, al lado de un inútil y un fracasado como tú?

Aquellas palabras contumaron a Zip y le anonadaron. Todo el valor que hasta allí le había llevado desapareció como por encanto y cayó de rodillas ante James exclamando:

—¿Si usted le deja que haga su voluntad, Jessie volverá conmigo al lado de sus hijos?

Con tono más despectivo aún, James respondió a estas palabras:

—Jessie sabe apreciar la diferencia que existe entre un hombre de verdad, como yo, y un mentecato como tú. Por eso se queda aquí.

Como si le tiraran, desde arriba, con una cuerita, Zip se puso en pie y sacó su revólver, con el que amenazó a James. Pero éste ni se movió siquiera, seguro de que Zip, que era un buen hombre, no dispararía. Luego se acercó más a éste y le arrebató, sencillamente, el arma. Mas después de probarla y ver

que no disparaba,—tan mohosa estaba—la devolvió a Zip, al que poco a poco llevó hasta la puerta, en donde, poniéndolo en la calle, dijo:

—Mis hombres te enseñarán la salida.

Y los hombres de James, sabedores ya de lo que aquellas frases significaban, cogieron a Zip y lo fueron llevando hasta donde había dejado la yegua, a empujones, a palos y a latigazos. Le dieron entre todos, ¡cobardes!, una paliza. Luego le ataron un cordel a la cintura, cordel que por el otro extremo amarraron a la montura de la yegua, y dispararon junto a los pies de ésta una pistola, lo que hizo que el animal, asustado, emprendiera veloz galope, arrastrando tras sí el cuerpo del infortunado Zip, que fué de aquel modo durante varias horas, por entre peñascales y arbustos, por tierra y por agua cuando la yegua cruzaba algún riachuelo.

Al fin, cansado el animal y porque halló alguna resistencia, que obedecía a que el cuerpo de Zip se había cruzado en un árbol, se paró. Pasaron varias horas antes de que Zip se reconciliara. Cuando acertó a levantarse era ya de día. Con mil fatigas pudo desatarse, llegar hasta la yegua, montar en ella y partir hacia la cabaña.

Antes de que llegara ya estaba allí Sunny cumpliendo con sus nuevas obligaciones. Tenía puesta a cocer la leche y en otro cacharro agua para hacer café. Sobre la mesa, los tazos, que había lavado y secado con mil apuros. Fuera, los niños jugaban con Bill, que en seguida se había ganado no sólo la confianza sino que hasta el cariño de las criaturas.

Sunny salió a la puerta y gritó:

El desayuno está preparado.

Entraron Bill y los niños. Como Sunny, mirándolos, se distrajera, la leche, que hervía, comenzó a salirse. Sunny acudió presuroso. Quiso quitar del



fuego el cacharro. Se quemó y hubo de soltarlo. La leche cayó al suelo con gran algazara de las criaturas y risa franca de Bill.

—En seguida—dijo Sunny—prepararé otra cosa.

En este momento asomó por la puerta de la cabaña Zip. Iba destrozado, herido en diferentes partes del cuerpo, deshecho, pálido, con el rostro ensombrecido por el dolor físico y por el dolor moral.

Bill le miró con profunda compasión. También Sunny se conmovió de un modo poco frecuente en él, entido ya por la vida para no percatarse de las desgracias ajenas ni propias.

Los dos niños corrieron a los brazos de su padre. Zip los estrechó contra sí, enteracadamente.

—¿Qué te ha pasado?—le preguntó la niña limpiándole la sangre que le corría por la cara.

—¿Quién te lo ha hecho?—preguntó el niño con pena.

No ha sido nada, hijos míos. Estábamos jugando y los compañeros se han propasado un poco...

—¿Cuándo vendrá mamá?—tomaron a preguntar las dos criaturas a la vez.

—La mamá no volverá nunca, hijos míos... No sabe lo mucho que la queremos...

Dicho esto, se entró en el dormitorio y se dejó caer en la cama, rendido, deshecho por un sin fin de dolores de toda clase.

Bill levantó la cortina y le miró con aquella compasión de antes y con honda simpatía. Luego, arrastró hasta la calle a Sunny, como para que no oyeran los niños lo que tenía que decirle, y le dijo:

—Es preciso reintegrar a ese hogar a la mujer de Zip y voy a ser yo quien lo haga. Avisa a tus dos compañeros de que estén dispuestos, como tú a obedecerme cuando los necesite.

Entretanto, como ya era de día, en su rancho, James se dirigió a la habitación en que Jessie había pasado la noche. Ella le había rogado que la dejase sola. El, seguro de que Jessie había de ser suya un

día u otro, accedió. Ahora, iba ya creyendo que lograría su propósito. Quiso, pues, al entrar, besar y abrazar a Jessie. Pero ésta, con un gesto, no le dejó acercarse, exclamando:

—¡No, James, mientras no tenga aquí mis hijos!

—Por supuesto que, como te prometí, tendrás a tus hijos en cuanto sea posible.

Y volvió a intentar besar a Jessie. Pero ésta le rechazó de nuevo diciendo:

—¡No!... ¡Mis hijos primero!

IV

Hubo una larga pausa. Después, comprendiendo James que no le era posible la violencia con Jessie, dijo:

—Bien; ahora mismo voy a ir por tus hijos.

Y salió.

Jessie se asomó a una ventana para verle partir. En el patio grande que había en aquella parte del rancho, estaban reunidos los hombres de James. Uno de ellos se adelantó y dijo a éste:

—Cumpli tu encargo. Supe que en el establecimiento de Minkey hay más de veinte mil duros en oro. También Joe lo supo. Pero se emborrachó y se puso a jugar con los hombres de allí. Temo que haya hablado más de lo debido por efecto de la borrachera.

James, sin decir palabra, sacó una pistola, encendió al llamado Joe con gesto áspero y disparó contra él, matándolo.

Al caer el cuerpo de Joe al suelo, ya sin vida, Jessie dio un grito. Pero nadie la oyó. Luego, arrodillándose y mirando al cielo, exclamó:

—¡Dios mío, no permitas que las manos de James, manchadas de sangre, toquen a mis hijos!

Y en seguida, como una loca, dándose cuenta del gran error que había cometido, empezó a dar vueltas por la estancia diciendo palabras entrecortadas, absurdas, sin larón, de profundo arrepentimiento sin embargo y de remordimiento, sobre todo por no saber cómo deshacer lo que había hecho.

Entretanto, en el establecimiento de Minley, Toby, envidioso de la protección que Bill dispensaba a Sunny, porque éste cuidaba a los hijos de Zip, se dijo a sí mismo en voz alta:

—¡Voy a ver si Birdie me enseña a cuidar niños!

Y se encaminó en busca de la criada, a la que dijo:

—Oye, Birdie, por favor, ¿cómo cuidaste a tus chiquillos?

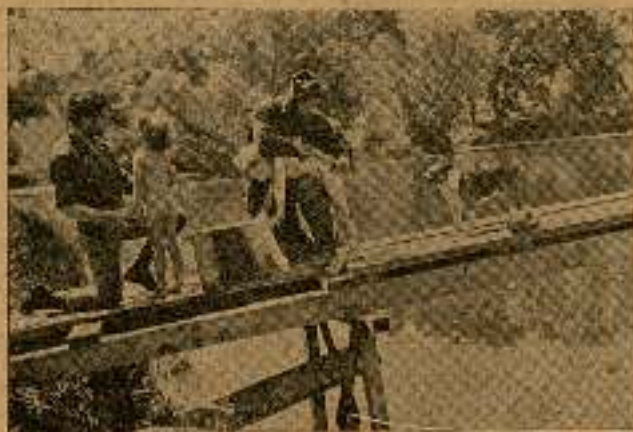
Birdie que era doncella se sintió ofendida y respondió a Toby con una tremenda bofetada, que le hizo caer a éste al suelo.

Se levantó, sin darse por ofendido por aquella respuesta, y añadió, acariciando a Birdie, porque sabía que ella gustaba de aquello por parte de él. (En efecto, era con Toby con el único hombre, de cuantos le rodeaban, con quien Birdie habría sostenido relaciones amorosas con vistas al matrimonio):

—No he querido ofenderte, Birdie... Y para que te convenzas te diré lo que pienso: que serías una excelente mujercita para un marido.

—Toby, ¿me estás haciendo una de verdad?

—No, mujer... Hago una observación, que creo



cierta. Ahora lo que quisiera es que me dijeras cómo se deben cuidar los chicos, porque pienso ir a cuidar los de Zip.

—¿Vas a hacer de niñera?

—Exactamente.

Ofendida porque no se le había declarado, Birdie se acercó a él y le dijo, de paso que le daba golpes en ambos hombros, lo que hacía que Toby fuese re-

trocediendo hacia el otro extremo del establecimiento:

—Pues mira, dales bastante sopa espesa hecha de huesos sustanciosos... corta mucha col y haz que la coman con una cucharilla, porque con cuchillo se podrían hacer daño... haz que tomen un baño una vez al mes... con jabón de hiel y una esponja.

Al decir esto, llegaron a la puerta que separaba aquel departamento del otro en que estaba el mostrador, y como Toby iba de espaldas, tropezó con la puerta y cayó. Rió Bertie alejándose, y Toby, poniéndose en pie, se dijo, como para aprenderse la lección:

—Huesos sustanciosos y una esponja, col y un baño... Huesos sustanciosos y una esponja...

La llegada de Bill le hizo callarse. Bill, como si no le hubiera visto, se dirigió al dueño del establecimiento y le dijo:

—Me preocupa la mujer de Zip... La muy necia no sabe dónde se ha metido... El rancho de Lord James es una verdadera fortaleza. ¿Si hubiese modo de sacarlos a campo abierto a él y a su gente!

Meditó un momento y exclamó de súbito:

—¡Ah, ya está! Pegue un anuncio en la puerta de la tienda diciendo que mañana miércoles saldrá una diligencia llevando uno al Banco de Colaveras... Estoy seguro de que eso les hará salir al campo.

—Pero ¿y si nos roban?

—Yo mismo guiaré la diligencia. Tengo setenta mil duros en el Banco de Colaveras. Los pongo como garantía de lo que ocurra.

Sacó en seguida su talonario y extendió el recibo correspondiente.

Todos los hombres que había en la tienda asistieron admirados a aquella escena.

Como llegara Zip en aquel momento, le dijo:

—Vete mañana a buscar a Jessie. En el rancho de James no habrá nadie.

A poco, salieron de la tienda, hacia la cabaña, cargados de cosas para los niños, Bill y Zip y el trío famoso, que también Sandy, envidioso de Sunny, se había apresurado a interesarse por los niños.

A la misma hora, sola en la habitación del rancho, Jessie decía apenada, pensando en que James había ido por sus hijos:

—¡Ya habrá llegado allá! ¡Dios mío, que no los toque! ¡Como he podido incurrir en tan grave falta!

James, en efecto, estaba ya cerca de la cabaña. Pero los niños no estaban allí. Con los cinco hombres que se cuidaban ya de ellos, se hallaban en la orilla de un río que pasaba por las cercanías.

Precavido siempre, James ordenó a uno de sus hombres:

—Date una vuelta por la tienda de Minky a ver si hay algo nuevo. Nosotros vamos a buscar a esos chiquillos.

Para llegar a la cabaña, James tenía que cruzar el río. Al llegar al vado, se dio cuenta de que los niños estaban allí. Dio una vuelta, con sus hombres, por entre el bosque, para sorprender a los hombres que había con las criaturas y apoderarse de éstas.

Pero Bill, mientras los otros se disponían a reali-

zar el propósito que allí les había llevado, por instinto, vigilaba.

Los chicos, viendo que de unas cajas sacaban ropa, preguntaron:

—¿Qué, vais a lavar esa ropa?

—No, vamos a lavarlos a vosotros, y después a colocarnos esta ropa.

—¡Pero si no hemos hecho nada malo!

Rieron todos de esta ingenua salida de los niños. Pero en aquel momento, las ramas de un árbol cercano se movieron. Bill sacó su pistola y disparó los ocho tiros contra aquel árbol. Se oyó en seguida el galope de huida de unos cuantos caballos. James no había podido llevar a cabo su objeto.

Pero el hombre que había enviado a la tienda volvió rápidamente al rancho, con una buena noticia. Había leído el anuncio que Bill hizo poner, el cual decía:

«Mañana, miércoles, a las ocho de la mañana, saldrá una diligencia para Colaveras. Descueto el oro a precios corrientes y garantizo su entrega en el Banco de la ciudad.—*Joe Mink.*»

Indescribible fué la satisfacción que se pintó en el rostro de James al saber esta noticia. Hasta se olvidó de que Jessie estaba en la casa.

V

A la mañana siguiente, cuando se cargaba el oro en la diligencia, la gente comentaba:

—O Minky se ha vuelto loco, o el que guía la diligencia está cansado de la vida.

—Nada de eso—dijo uno que estaba enterado. El oro llegará a Colaveras, sin duda. Es Bill quien va a dirigir la diligencia.

A aquella hora, atravesaban ya el campo, hacia el rancho de James, por un camino, en un carricoche, Zip, que iba a por Jessie, como Bill le había dicho; por entre el bosque, los tres hombres del trío, montados a caballo. Uno de ellos dijo:

Bill nos dejó encargado que nos aseguráramos de que no quedaba nadie en el rancho de James que pudiera salir al paso de Zip. Entraremos, cada uno por un lado, y si hay alguien de guardia, el que se halle ante él dará un grito de sorpresa. Acudiremos los dos que queden, por detrás, y entre los tres le ataremos.

Así lo hicieron, en efecto. Había uno de guardia, que pronto fué reducido, Zip, pues, pudo entrar en busca de su esposa, la cual, al verle entrar en la estancia en que ella estaba, le gritó:

—¡No, no te acerques! ¡Me avergüenzo de mí misma!

—No llores, Jessie...! ¡Lo comprendo y te perdono! ¡Los niños ansían verte... y sólo tú puedes hacerlos felices! Venle conmigo.

—Dudo de tener valor para presentarme ante ellos. Entre James y yo no ha ocurrido nada de que tenga que sonrojarme. Pero he huido de mi casa y esto es vergonzoso.

—¡Ven, nunca los niños sabrán nada!

Jessie abrazó a su marido, con más amor que nunca, y ambos salieron del rancho y montaron en el carricoche. A poco, desde alguna distancia, los siguió el trío.

Entretanto, provisto de un sin fin de pistolas cargadas, Bill había partido a llevar el oro al Banco.

En una revuelta del camino, escondidos tras los árboles, le esperaban James y sus hombres, dispuestos a arrebatárselo cuanto llevara.

Bill, alerta, escudriñaba la lejanía. Cuando vio un caballo, se preparó. Así, cuando llegó a la revuelta del camino y James y los suyos se cruzaron para impedirle el paso, de un salto Bill se colocó detrás de la caja de hierro en que llevaba el oro, que le servía de asiento, y comenzó a disparar contra sus enemigos, tan certeramente, que de cada disparo derribaba a uno. A poco, sólo quedaban, disparando a él, James y otro que, haciendo saltar sus caballos, procuraban que Bill no les hiriera. Pero Bill, que era un tirador extraordinario, logró al fin herirles también. Toda la partida quedó tendida en el suelo. El camino estaba ya libre. Pero entonces Bill se dio cuenta de que estaba herido, muy mal herido, tanto, que no

tenía fuerza ni para moverse. Sin duda había sido tocado por una bala al principio de la refriega y, como no se dio cuenta de ello, había estado perdiendo sangre todo aquel rato, lo que le había debilitado hasta aquel punto.



Con gran esfuerzo, sacó una cuerda, volvió a colocarse en el asiento, se aflojó bien para no caer, y arrojó los caballos, que volvieron a emprender su caminata hacia Colaveras, como si nada hubiese sucedido.

Entretanto, en la tienda de Minky se supo una gran noticia. De un pozo que Zip había hecho el día antes en su terreno, buscando oro, había comenzado a sa-

Un humo negro y espeso: era petróleo. Es decir, era la riqueza. Acudieron todos a ver la cosa sorprendente, maravillosa. Era cierta. Pasaron por el campo, como triunfadores, a los dos hijos de Zip, en un caballo. Iban a ser aquellos dos niños los más ricos de toda la comarca.

Ellos, sorprendidos, no acertaban a explicarse el entusiasmo que veían, que sentían todos. El chico le dijo a su hermana:

— Ese petróleo se parece por lo espeso al aceite de ricino que papaito nos da los sábados por la noche.

— Es verdad—dijo la niña.—Y no sé porque todos esos hombres le dan tanta importancia... Una cosa que es tan mala...

Todos salieron a esperar a Zip, llevando a sus hijos en el caballo, seguros de que ya era hora de que volviese. En cuanto llegó, luego de asistir a la tierna escena de Jessie abrazando a sus hijos, lo llevaron aparte y le dieron la gran noticia del petróleo. Como loco, corrió al lado de su esposa, apartó a los niños, la abrazó con ternura, y le dijo:

— ¡Jessie, somos ricos! ¡A falta de oro, nuestro terreno nos ha favorecido con petróleo! ¡Somos ricos! Ya no más miseria, ya no más angustias, ya no más disgustos, que obedecían a la miseria.

Ya, desde entonces, la dichosa familia, fué conducida en una especie de apoteosis. Presidían el desfile los tres pintorescos individuos del trío, muy satisfechos de su intervención en los últimos sucesos.

Pero aun no sabía Zip ni nadie que eran mucho más ricos de lo que se imaginaban. Si por la alegría

del descubrimiento nadie se acordaba allí, en aquel momento, de Bill, Bill sí se había acordado de ellos.

Precisamente en el momento que más grande era la alegría en la cabaña, la diligencia llegaba con el oro, a la puerta del Banco. Pero Bill, atado, no llegaba con vida. Había muerto, como consecuencia de su herida, por el camino. Pero había muerto después de triunfar, como un hombre de *pecho*, es decir como un hombre generoso, de corazón. Su muerte era gloriosa. Había dado su vida en una causa justa.

Los empleados del Banco se apresuraron a desatar el cadáver del héroe Bill. Acudió un médico. Nada podía hacerse. Envolvieron el cuerpo sin vida de aquel hombre admirable en una limpia sábana y a hombros, con respeto, lo condujeron varios hombres al salón principal del Banco, para rendirle todos los honores que merecía.

Al desnudarlo, para ponerle otras ropas que serían las últimas, le encontraron un papel escrito de su puño y letra que decía:

«Si muero en este viaje, dejo todo lo que es mío a los hijos de Zip.—Bill.»

En medio de la alegría que reinaba en la cabaña de Zip, sólo los niños se acordaban de Bill, como si el instinto les hubiese dicho que él, en sus últimos momentos, se había también acordado de ellos.

El recuerdo fué reflejado en estas palabras del niño a su hermana:

— Si a papá le gusta el petróleo, que se lo tome él... Yo prefiero tomar chocolate, del que nos trajo Bill, aquel hombre tan bueno.

Nueva colección de Postales-retratos de
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

AGNES AIRER	PAULINA FREDERICK
ARBUCKLE BOSCOB (Fatty)	ELIONOR FAIR
MARY ANDERSON	ELSIE PERCIBUSON
ART AGOOD	ALRO D. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANCINI	BLISS GIBBIE
FRANCESCA BERTINI	JACQUELINE GIBSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Ecco) GIBSON
BENED BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHARD BARTELMER	CAROL HOLLOWAY
GEORGES BISCOT	HESSIE HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HERS
MARGARITA CLASCK	HELEN HOLMES
JAWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CARRY (Cayana)	CHARLES HUT HINSON
GRACE DUNARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICE	GAMUT HUGHES
JANN COLW	JACK HUXIE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NAROTA CAPRI	ALICE JOYCE
IRUNG CASTLE	LEATHMION JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlie)	ROMUALD JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charlie, pos- sible)	MARIA JACOBINI
LON CHANEY	MADGE KENNEDY
ELMNA CHADWICH	BUSTER KEATON (Pamplona)
LUOY DORAINS	DOUGLAS KENYON
BEBE DAVIRLS (Ebe)	MOLLIE KING
DOROTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DARTY	FILDS KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KERRY
KATHRINE MAC DONALD	DIANA KARRER
WILLIAM DUNCAN	NATALIA HOWARD
CAROL DEMSTER	CLARA KIMBALL
RACHEL DAYVIEIS	LOISE LOVELY
PRISCILLA DEAN	BERT LITTELL
REGINALD DEMI	ELMO E. LINCOLN
WILHE DOVE	BESSIE LOVE
KENIA DERNI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VITORIA LEFANTO
MIS DU-PON	MITCHELL LEWIS
MAXINE ELLIOT	HAROLD LLOYD (BO)
MARGARITE FISHER	MARGARET LIVINGSTONE
FRANCIS FORD (Gonda Hugo)	LUIBA LORRAINE
WILLIAM FARNUM	ANNA LITTLE
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAI LINDER
	MAX MUREAT

MACISTE
 GINETE MAUDIE
 THOMAS MCKIGHAM
 ANTONIO MORRINO
 LTA MARRA
 JACK MULHALL
 TOM MOORE
 M. MATHIN
 TOM MIX
 KATHLEEN MASON
 GASTON MITCHELL
 MAE MARRER
 MARY MILES MINTON
 MARGARET MARSH
 SANDRA MILONAVOFF
 CHARLES MACE
 FRANK MAYO
 POLA MERRI
 ALLA NAZIMOVA
 BENNETT NAVARRE
 MAREE NORMAND
 ANA Q. NELSON
 ERNA OWEN
 MARIA OSBORNE
 LIVIO PAVANELLO
 DORIS PAWEN
 HELEN PEROT
 JACK PICKFORD
 EDDIE POLO
 BABY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREVOST
 JEAN PAGE
 BNNY PORTER

PRINCE (Salustiano)
 ROUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE REID
 CAMILO DE RISO
 HERBERT RAWLINSON
 RUTH ROLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZI RINGEWAY
 MARCELLE ROLLET
 M. RINSCKI
 PATRI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SERENA
 LARRY SIMON
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWART
 CLARISS SELWYNE
 MADLAINE TRAVERSE
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE TERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA VALLI
 RODOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WALTON

20 céntimos ejempli

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial.—Apartado de Co-
 rreos 925, Barcelona.

SI ES USTED AFICIONADO A LAS BUENAS
LECTURAS, COMPRE SIEMPRE

La Novela Femenina

que se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

En las páginas de LA NOVELA FEMENINA encontrará narraciones sentimentales, amorosas, trágicas y de misterio, debidas todas ellas a la pluma de ilustres escritoras.

La Novela Femenina

está únicamente escrita y dibujada por mujeres, pero esto no quiere decir que sean sólo mujeres las que puedan y deban leerla. El interés y emoción de sus novelas, cuidadosamente seleccionadas para el público, hacen que su lectura agrade lo mismo a las mujeres que a los hombres.

En LA NOVELA FEMENINA colaboran las más ilustres escritoras españolas y extranjeras, tales como Pío Baroja, Blanca de los Ríos, la Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina, Sofía Casanova, Carmen de Burgos «Colombine», Guy de Maupassant, Virginia L. Barclay, Henry Greville, Selma Lagerlöf, Magda Donato y otras no menos conocidas.

La Novela Femenina

se vende en los kioscos de periódicos, en las bibliotecas de las estaciones y en las librerías al precio de

25 CENTIMOS

Si no la encuentra en la localidad donde reside, pídala, enviando su importe en sellos, a Publicaciones Mundial. Apartado 925, Barcelona.